

JORGE ENRIQUE GONZÁLEZ R.*

**VICISITUDES DE LA REFORMA EDUCATIVA DE 1870 EN EL ESTADO DE
CUNDINAMARCA:
EL PAPEL DE DÁMASO ZAPATA**

Hace cien años murió Dámaso Zapata, y su sentencia aún resuena con notable actualidad: “La generalidad de los políticos no ha comprendido lo que es la escuela, ni de cuanto es ella capaz”, dijo luego de su retiro de la Dirección de Instrucción Pública del Estado de Cundinamarca, después de ocho años de servicio a la causa instrucionista.

Entre 1872 y 1880 se plasmó en Cundinamarca, como experiencia piloto para todos los Estados Unidos de Colombia, el espíritu de la “Lei orgánica de Instrucción Pública del 1o de noviembre de 1870”. A la luz de los acontecimientos pasados, el observador encuentra que solo férreas vocaciones por la Educación como la de D. Zapata, lograron poner a funcionar una reforma de tanta envergadura, que de lo contrario habría pasado a la posteridad sólo como otra primorosa declaración de intenciones.

En tres grandes frentes se desarrolló la actividad de Zapata:

- a) La enseñanza
- b) La administración
- c) La inspección

En cuanto al primer tópico, correspondió a Zapata promover el tránsito desde aquellas fomas precarias del método lancasteriano hacia los entonces modernos planteamientos de J. E. PESTALOZZI, introducidos al país en un esfuerzo sistemático por los pedagogos alemanes que fueron contratados para organizar y dirigir la mayor parte de las Escuelas Normales en los nueve Estados confederados de los Estados Unidos de Colombia.

El impulso que se le brindó a esta actividad en el Estado de Cundinamarca fue notable; en el pensamiento y la acción de Zapata era claro que unas buenas escuelas requieren de buenos maestros y en ese sentido se dirigieron los recursos hasta cuando fue posible hacerlo.

La labor administrativa del Director de Instrucción Pública del Estado de Cundinamarca se dirigió por principios claros que definió desde su paso por la Superintendencia de Instrucción Pública del Estado de Santander (1870-1871): pulcritud, devoción a la causa instrucionista, máxima eficiencia. Su gestión administrativa no conocía la fatiga y le imprimía su marca particular a todos y cada

* Profesor de Historia, U. P. N.

uno de ellos: "... eso se hacía en tiempos de Don Dámaso", acostumbraban a decir algunos funcionarios del ramo para recordar el estilo peculiar e infatigable del Director.

En cuanto a la inspección, puede decirse que fue una pieza maestra en la reforma educativa desarrollada en la década de 1870. En la perspectiva de Zapata la inspección constituyó el mecanismo necesario para garantizar la buena marcha de la reforma. Era tal su entusiasmo al respecto que inventando tiempo en su apretada agenda, gustaba dedicárselo a hacer en forma personal labores de inspección en los distintos Departamentos (Comarcas) en que estaba dividido administrativamente el Estado de Cundinamarca. Su entusiasmo contagioso logró que esta labor fuera emulada por centenares de ciudadanos con trabajo *ad honorem*.

Gracias a los resultados de esta difícil labor, logró D. Zapata introducir modificaciones en la legislación escolar que permitieron enderezar rumbos y adecuar las disposiciones legales a la realidad local.

La época dorada de este impulso transformador del sector educativo perduró hasta 1875, cuando el temor de otra guerra civil en la vida nacional reactivó el fantasma de la barbarie. De este rudo golpe salió mal librado el intento de continuar adelante en la reforma.

La paz, condición necesaria para garantizar el progreso material y mantener el adelanto cultural, fue ahuyentada por el espectro de la reacción. La guerra de las escuelas, como se denominó a esta contienda, fue en realidad la guerra contra la escuela. En este sentido todos fueron perdedores. Los recursos económicos se desviaron hacia "el mantenimiento del orden público"; en los años sucesivos el formalismo de la reforma educativa y su complemento, la retórica vacua sobre este tema, acompañaron los tumbos que describió la Educación Pública hasta precipitarse finalmente en los meandros de la educación confesional.

El esfuerzo de Zapata fue incompleto; víctima del formalismo, la retórica, la estrechez económica, la incomprensión de diversos sectores de la población, políticos de ambos bandos, edesiásticos, padres de familia e incluso educadores, este intento de transformar la cultura colombiana claudicó ante la falta de visión de algunos estadistas que al limitarse al aspecto formal y retórico de la reforma, descuidaron la indispensable articulación entre: transformación cultural, evolución de estrategias de participación política y adecuación del sistema productivo.

Luego de algo más de un siglo, el sector educativo, eje vertebral de las transformaciones culturales, continúa expósito, a la búsqueda de nuevos rumbos que le permitan definir su sentido y evadir el marasmo de otra centuria de soledad.